

## **DON JUAN, MI MAESTRO**

---

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

Mi participación en la sesión de esta noche, quizá esté teñida por la nostalgia; es posible que resulte influenciada por el reconocimiento y la gratitud y, ciertamente, parecerá motivada por el cariño; de ninguna manera me gustaría que fuera considerada como una mera cortesía académica.

Se han expuesto y se seguirán exponiendo a lo largo de este acto, las distintas facetas de la valiosa personalidad de D. Juan: catedrático, historiador, académico, escritor, promotor cultural, e incluso, jurista; por mi parte, sólo quiero recordarlo hoy como mi maestro.

Para mí, supongo que también para Vdes., ser maestro obliga a mucho; para serlo, no basta con dominar con suficiencia el arte, la ciencia o el oficio de que se trate y, ni siquiera, es suficiente, saber enseñar dichos conocimientos. Maestro es aquél, que, además, alcanza a transmitir una forma de ser y actuar, un especial talante, determinado por un conjunto de virtudes como pueden ser el equilibrio espiritual, la ponderación y la mesura. Así pues, en palabras de un célebre político francés, "...no se enseña lo que se quiere; no se enseña lo que se sabe; se enseña lo que se es...".

Esto enseñó D. Juan a lo largo de 45 años, en Nerva, en Guadix, en Badajoz, en Cádiz y en Córdoba. Tuve la fortuna de ser su alumno durante el bachillerato, en una época en la que, prácticamente todos los profesores que componían el claustro del Instituto de Enseñanza Media de Córdoba, poseían una calidad humana y una altura intelectual, difícilmente superables. De entre ellos, he de considerar a tres, como los maestros que influyeron de manera más marcada, en mi formación: D.<sup>a</sup> Luisa Revuelta, D. Juan Tomás Farret y D. Juan Gómez Crespo.

Él me enseñó a amar la historia para siempre y con el discurrir del tiempo, pude constatar que en aquellos años cincuenta, era ya un adelantado en la enseñanza de la historiografía moderna. Él valoraba y exponía contextos más que detalles, subordinando lo accesorio, como, por ejemplo, nombres y fechas, al

concepto claro y preciso sobre épocas o civilizaciones; su discurso era más profundo que extenso; más concentrado y sobrio, que adornado y disperso; al relatar cualquier hecho histórico, trazaba previamente, de manera sucinta pero enjundiosa, el marco social en el que aquél se desarrollaba, intentando así, explicarse y explicarnos su auténtica razón de ser; en suma, creaba el adecuado ambiente para que el alumno pudiera revivir la historia. Muchos años después, yo leería en Ortega y Gasset, que la historia "...consiste, precisamente, en el intento de dar reviviscencia, de volver a vivir imaginativamente, lo ya sido. La Historia tiene que dejar de ser una exposición de momias y convertirse en lo que, verdaderamente es: un entusiasta ensayo de reviviscencia..."

Así era la historia que me enseñó D. Juan y que, mucho más tarde, por extraños avatares del destino, intentaría yo transmitir en mi etapa de profesor de Historia de la Medicina... Para mí, cada vez que acometía cualquier relato histórico, recordaba junto a las recomendaciones y dictados de reconocidos historiadores, generales y médicos, como Toymbee, Sigerist, Huizinga, Américo Castro, Bauer, Laín o Sánchez Granjel, aquellas clases de historia en el Instituto, en las primeras horas de la tarde.

Bastante después, cuando me enfrenté a la elaboración de mi Tesis Doctoral, que versó sobre Historia de la Medicina, volví a buscar su magisterio hallando siempre en él, la ayuda solicitada: el atinado consejo, la oportuna reseña bibliográfica, incluso, algunas importantes fuentes manuscritas.

Por fin, también D. Juan sería mi introductor en esta Real Academia; él me invitó a sus sesiones y me propuso, sucesivamente, para colaborador, correspondiente y académico numerario. Y en esta casa siguió significando para mí, el maestro del que aprender y el ejemplo al que imitar. Sin pretender caer en el fácil elogio o en el ditirambo, creo sinceramente, que la figura de D. Juan, polifacética y entrañable, seguirá siendo durante mucho tiempo, el arquetipo de hombre culto y de cordobés de bien.

Termino ya mi intervención con el inusual atrevimiento por mi parte, de recitar un soneto, compuesto en su honor, seguramente escaso de calidad, aunque, eso sí, sobrado de sinceridad y estima. Dice así:

Enseguida me atrajo su figura,  
capté inmediatamente su talante,  
su forma de actuar, siempre elegante,  
cargada de prudencia y de mesura.

Mantuvo, pertinaz, la compostura,  
el bien hacer y ser, fue su constante,  
sin ceder en su afán un solo instante  
hubo en su vivir, buena ventura.

Y toda su brillante ejecutoria  
tuvo, como señal, la buenhomía,  
de todos, el mayor timbre de gloria.

Don Juan ya forma parte de la historia  
que en él significó noble porfía.  
Honremos con respeto su memoria.